

HORACIO POTEL EN LAS NUBES

Horacio Potel in the clouds

Mariano Dorr
Universidad Nacional de las Artes

Resumen: La idea de “nube” asedia a la filosofía desde los tiempos en que Aristófanes acusó de fraude y al mismo tiempo se burló de Sócrates. En la era de las telecomunicaciones digitales, Horacio Potel ocupó un lugar preponderante en la difusión y propagación de los textos de Nietzsche, Heidegger y Derrida, y reflexionó sobre el modo de ser de la World Wide Web y la naturaleza hipertextual de la “red”. Groys relaciona la deconstrucción derridiana con una noción de verdad en términos de suma de todos los contextos en que aparece –en la nube– una palabra buscada en la red. Finalmente se considera la escritura no-creativa de Kenneth Goldsmith en relación con la crítica de la función enraizante de la escritura en Derrida y se da un ejemplo local: Pablo Katchadjian.

Palabras Clave: **Potel / Groys / Hipertexto/ Red/ Deconstrucción**

Abstract: The idea of “cloud” besieges philosophy from the time when Aristophanes accused of fraud and at the same time mocked Socrates. In the age of digital telecommunications, Horacio Potel occupied a preponderant place in the dissemination and propagation of the texts of Nietzsche, Heidegger and Derrida, and reflected on the way of being of the World Wide Web and the hypertextual nature of the “network”. Groys relates the derridian deconstruction with a notion of truth in terms of the sum of all the contexts in which a word searched in the network appears in the cloud. Finally the non-creative writing of Kenneth Goldsmith is considered in relation to the critique of the rooting function of writing in Derrida and a local example is given: Pablo Katchadjian.

Palabras Clave: **Potel/ Groys/ Hipertext/ Net/ Deconstruction**

a Andrea Ruiz Vivanco

Yo sé que en un momento soy una y
a la media sombra soy otra.
Y cuando comprendas de qué se trata lo mío,
vas a venir, sin respirar, mudo y fascinado a mis patas

Como la manta raya se apoya sobre la presa para cubrirla,
porque es un milagro, dejar de respirar.
como la araña va a su presa muda con el sistema
nervioso central paralizado,
ni viva ni muerta: fascinada.
Si la presa muriera, dejaría de ser un bocado
para la araña.
La desecharía de asco por lo podrido.
Es que a cierta hora del ocaso,
a la media sombra de la noche,
oíme,
soy un animal.
(Ariel Schettini, “La Media Sombra”)

I

Estar en las nubes es un modo de no estar, de ausentarse estando sin embargo presente. Pensar en otra cosa o no pensar, quedarse en blanco, en la nebulosa, como en suspenso. Colgado. En otro mundo, ensimismado. Un modo de la volatilidad, una subjetividad flotante, soñadora. Etérea. Aérea. Quien está en las nubes por eso mismo no tiene los pies en la tierra. Está, en cierto sentido, más acá del principio de realidad. No tanto en el ámbito del placer como sí en el espacio de lo virtual, entonces. Peter Sloterdijk, en su *Crítica de la razón cínica*, escribe que los intelectuales “la mayoría de las veces no saben nada en absoluto de su papel en la economía del trabajo y del dominio sociales. Siguen estando bastante alejados del «suelo de las realidades», viven con la cabeza en las nubes y ven las esferas de la «producción real» desde una distancia irreal”. Considerarse por fuera de la división social del trabajo hace del intelectual un sujeto partido, volcado sobre la irrealidad. Pero el mundo exhibe el quiebre entre real e irreal desde mucho antes de que Marx –y más tarde Sloterdijk– señalaran a los intelectuales como el prototipo de quien vive en las nubes.

Cuando Platón caracteriza su orden ontológico, la realidad queda del lado de las Ideas mientras que lo sensible asume un modo de ser deriva-

do, secundario o –podría decirse– virtual. El “mundo de las Ideas” es la verdadera realidad efectiva platónica. Luego, el cristianismo identificará ese mundo verdadero con el cielo. Aristóteles, más prudente, ubicó a la realidad efectiva aquí mismo, donde su maestro no encontraba sino apenas una copia de la realidad. Y escribió sobre el cielo y las nubes en términos meteorológicos. La niebla –por ejemplo– es una nube estéril, dice.

Aristófanes se burla de la filosofía haciendo de Sócrates una grosera caricatura que pretende flotar en el aire e interrogar a las nubes sobre distintas cuestiones. Platón, al escribir la *Apología*, menciona a Aristófanes entre quienes contribuyeron a la mala reputación de Sócrates. En *Las Nubes*, el filósofo es más bien un sofista, un embaucador que confunde y enseña a confundir con la palabra y el uso de la argumentación. El razonamiento se identifica allí con un instrumento para desorientar al interlocutor (en el caso de la comedia de Aristófanes, la dialéctica sirve como herramienta para atrasar el pago de las deudas confundiendo a los acreedores). En “las nubes”, las palabras se entremezclan, se intercalan, haciéndose pasar unas por otras. Sócrates se refiere a ellas como “las celestiales Nubes, las grandes diosas de los hombres ociosos. Ellas nos proporcionan conocimientos, diálogo, saber, capacidad de asombrar, facundia y habilidad para enredar las cosas y derrotar a los rivales”. Las nubes, mediante el diálogo, el uso de la palabra, nos proporcionan la habilidad de enredar las cosas. Es decir, a través de la nube, colocamos al mundo en una red de la que no puede zafarse. En este sentido, el mundo –como Sócrates mismo– queda colgado de y en la red. Si la nube enreda palabras haciéndolas pasar a unas por otras, esto se debe a la inestable forma de la nube: la trans-forma. El poder de transformación de las nubes fue señalado por Gastón Bachelard en *El aire y los sueños*. En ese mismo estudio, Bachelard se refiere a la relación de Nietzsche con las nubes para remarcar la aversión del filósofo hacia ellas: “Nietzsche se designa a sí mismo como un aéreo: «Nubes de tormenta —¿qué importáis vosotras a nosotros espíritus libres, espíritus aéreos, espíritus alegres?» En efecto, para Nietzsche, el aire es la sustancia misma de nuestra libertad, la sustancia de la alegría sobrehumana”¹. Si bien hay una “elevación” nietzscheana por encima de las nubes, Nietzsche se inclina –explica Bachelard– por la ausencia de nubes y la claridad del mediodía, la hora sin sombras. Al rechazo de las nubes hay que sumar el de las redes. Horacio Potel se ocupa de ello en un ensayo que tituló “Nietzsche y Derrida en la red”, texto que corresponde a una conferencia dictada en la Alianza Francesa en octubre de 2006 durante las V Jornadas Internacionales Nietzsche y Jornadas Derrida².

1. G. Bachelard, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp.169-170.

2. H. Potel, “Nietzsche y Derrida en la red”, en Mónica B. Cragolini (Comp), *Por amor a*

En el epígrafe a su trabajo, Potel cita un pasaje del *Zaratustra* (Antes de la salida del sol): “Oh cielo por encima de mí, ¡tú puro! ¡elevado! Esta es para mí tu pureza, ¡que no existe ninguna eterna araña y ninguna eterna telaraña de la razón!”³. No se trata entonces –aquí– de las nubes, aunque sí del cielo; y el cielo es ponderado, pero para negar las redes eternas y su araña. En el film de Bergman “*Såsom i en spegel*” (“Detrás de un vidrio oscuro” o “A través del espejo”) de 1961, una mujer espera que se abra la puerta de un armario para que aparezca Dios. Finalmente, la mujer afirma que la divinidad se hizo presente como una araña de rostro “horrible y frío” avanzando hacia ella. Dios es un animal infinito que atrapa a todo lo real en su tela, su red infinita. El drama existencial de Bergman abreva en las aguas nietzscheanas. En el §14 de *Más allá del bien y del mal* se hace referencia a “las pálidas, frías, grises redes conceptuales”⁴. Un poco más adelante, en el §25, aparecen los “tejedores de telarañas del espíritu”. En el §54 la red se tiende entre el “yo” y el “pienso”. Todo queda atrapado y luego pende de esa telaraña. En otros pasajes, Nietzsche insiste con la idea de hallarnos atrapados en una red de la que no podemos salir (*Más allá del bien y del mal*, §226). Potel, como una Bagheera Kiplingi –única especie de araña herbívora– teje su propia tela hospitalaria e hipertextual: *Nietzsche en castellano*, *Heidegger en castellano* y *Derrida en castellano*. Allí podía (quizá se pueda aún) leer prácticamente toda la obra –de los tres filósofos– traducida al español. En su texto sobre la red, escribe: “como el desierto, la red es sin salida, sin meta, sin fin, sin autopista, ni ruta principal, ni camino secundario, en la encrucijada de todas las sendas se constituye en un lugar aporético: La *World Wide Web*, la tela de araña mundial”. Nunca ignoró Potel que lo suyo era un desierto.

La BagheeraKiplingi es un tipo de araña saltadora, y debe su nombre a un homenaje a Rudyard Kipling. Uno de los personajes de Kipling en *El libro de la selva* se llama Bagheera (el tigre). Experta saltadora, la Bagheera es la araña que mejor expresa las bondades de la red hipertextual, recurso poteliano por excelencia. Pero, ¿qué es un hipertexto? Como se sabe, “hipertexto” es un término utilizado por primera vez por Ted Nelson, en 1965, en un artículo titulado “Procesamiento de información compleja: una estructura de archivos para lo complejo, cambiante e indeterminado”⁵. Allí “bautizó” la noción de hipertexto definiéndola como “escritura no se-

Derrida, Buenos Aires, La Cebra, 2008, pp.223-236.

3. *Ibid.*, p. 223.

4. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual, Hyspamérica, 1983.

5. T. Nelson, “A File Structureforthe complex, thechanging and theindeterminate”. En: *ACM 20th National Conference*, 1965, consultado en: <https://archive.org/details/nelson-file-structure/3/8/2018>.

cuencial. La escritura tradicional es secuencial por dos razones. Primero, se deriva del discurso hablado, que es secuencial, y segundo, porque los libros están escritos para leerse de forma secuencial... sin embargo, las estructuras de las ideas no son secuenciales. Están interrelacionadas en múltiples direcciones. Y cuando escribimos siempre tratamos de relacionar cosas de forma no secuencial”. Se trata entonces de un conjunto de bloques de texto conectados entre sí a través de la bifurcación textual y la multiplicidad de enlaces interactivos. Potel escribe: “en la definición misma de la palabra hipertexto está la preocupación por romper con la escritura lineal. Esto debe ser tomado con cuidado, en primer lugar porque la escritura está desde siempre rompiendo con la linealidad, para no ir muy lejos en la búsqueda de ejemplos, ¿con cuántos textos a la vez hemos compartido la escritura de los textos que leemos hoy aquí? Y este trabajo se viene haciendo desde siempre con o sin Red. Nietzsche creo que decía que un filólogo tiene que consultar unos 50 libros por las mañanas”⁶. El gesto de Potel consiste en señalar que quien escribe está siempre ya inserto en una red de enlaces textuales, pero lo hace deslizándose una duda en su fuente principal: Nietzsche. “Creo que decía”, anota. Bastaría con ingresar a su *Nietzsche en castellano* y colocar en el buscador la cita para corroborar el dato. Pero la Bagheera Kiplingi Potel prefirió no saltar en esta ocasión, quedarse quieta en la red, en posición metalingüística, para denunciar la “Hiperhipertextualidad”:

Si pensamos en un Hipertexto perfecto, en una máquina que tenga un enlace por cada palabra escrita, un link para cada concepto y que de esos enlaces surjan textos donde también cada palabra remita a un nuevo enlace y así hasta el infinito, lejos de pensar en un aparato que abra la lectura y que haga estallar el sentido, hemos construido un artefacto mortal que deja el texto sin ningún resto, que lo momifica en una máquina de dirección única, donde la supuesta pluralidad se encuentra con una respuesta única siempre, donde toda asociación, toda interpretación, está programada de antemano, donde se ha cerrado en forma total cualquier posibilidad a la venida de lo otro en el cierre de un sistema total. Es decir, hemos construido aquel libro del que Derrida anunciaba su muerte, el gran libro total, el libro del saber absoluto, el artefacto hegeliano que tenía en sí, implicada circularmente, la dispersión infinita que nuestro hiperhipertexto permite, un infinito del que nada puede salir, aquel *lugar sin límites*, tal como Mefistófeles define al infierno en el *Doktor Faustus* de Marlowe⁷

6. H. Potel, *Op. Cit.*, p.228.

7. *Ibid.*

Ese hiperhipertexto sería —es ya un lugar común mencionarlo— una instancia interactiva de “La biblioteca de Babel” de Borges: el infinito. Potel menciona el cuento y hace también una referencia a otro texto borgeano, *El libro de arena*. Y hace hincapié en la monstruosidad de ese libro infinito: “era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad”, cita Potel. El infinito de la biblioteca es también el del desierto y el de la red: “tal artefacto devorador del sentido necesitaría de una Araña”, escribe el WebMaster. Google sería esa “Spider” (sic). Desde el momento en que Potel identifica a Google con la Araña (lo escribe con mayúscula, del mismo modo que Spider, Arconte, Archivo, Hipertexto, Arkhé, Mismo y Dios) da rienda suelta a un programa cyberpunk en contra del control, la apropiación, la centralización y manipulación de la información y flujo de datos. Frente al poder omnicomprendido de la Spider-Google, la araña herbívora plantea la necesidad de recordar las palabras de Derrida en *Mal de Archivo*, donde el filósofo argelino señala que no debería haber poder político del archivo sin control, puesto que “la democratización efectiva se mide siempre por este criterio esencial: la participación y el acceso al archivo, a su constitución y a su interpretación”, cita Potel⁸. El derecho de acceso al archivo, el derecho a la participación en la constitución del archivo y el derecho a la interpretación de lo archivado son —explica Potel— elementos ineludibles de una democracia por venir.

II

El filósofo alemán, crítico de arte y especulador teórico de los nuevos medios, Boris Groys, describe en su artículo titulado “Google: el lenguaje más allá de la gramática”⁹ una teoría de la verdad *on line* según la cual lo verdadero sería la suma de todos los contextos en los que aparece un determinado término en la red:

Hoy en día mantenemos un diálogo con el mundo fundamentalmente a través del Internet. Si queremos preguntarle algo al mundo, actuamos como usuarios de Internet. Y si queremos contestar las preguntas que el mundo nos hace, actuamos como proveedores de contenidos. En ambos casos, nuestra conducta dialógica se define por reglas específicas y por los modos en que las preguntas se formulan y se responden en el marco de Internet. Bajo el actual régimen de funcionamiento de la Web, estas reglas y modos las define Google. Así, Google desempeña el papel que tradicionalmente tenía la filosofía y la religión. Google

8. *Ibid.*, p. 229.

9. B. Groys, *Arte en flujo. Ensayos sobre la evanescencia del presente*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

es la primera máquina filosófica conocida y regula nuestro diálogo con el mundo sustituyendo vagas presuposiciones metafísicas e ideológicas por reglas de acceso estrictamente formalizadas y universalmente aplicables. Es por eso que para la investigación filosófica es central analizar los modos de operación de Google y, en particular, analizar las presuposiciones filosóficas que determinan su estructura y funcionamiento¹⁰

Que Groys le asigne a Google el lugar de la filosofía y la religión es problemático, en primer lugar, porque es difícil hablar de “un” lugar para ambas disciplinas, a menos que identifiquemos a la filosofía con la teología. Leyéndolo en este sentido, Groys coincide –aunque sin cargar las tintas– con el gesto poteliano de hacer de Google una Araña-Dios. En su poder filosófico-religioso, el Google de Groys funciona de manera tal que, partiendo de una pregunta o consulta en su buscador por medio de una palabra o combinación de palabras, y puesto en ejecución el motor de búsqueda, “la suma de todos los contextos que se muestran es considerada aquí como el verdadero significado de la palabra o conjuntos de palabras planteadas por el usuario”. Y agrega: “como no hay otra pregunta que pueda ser formulada por Google más allá de la pregunta que corresponde al significado de una palabra individual, su sentido verdadero aparece como la única verdad posible que resulta accesible al sujeto contemporáneo”¹¹. Entonces, según Groys, el conocimiento verdadero es hoy “una suma de todas las apariciones de las palabras de todas las lenguas utilizadas actualmente por el hombre”. ¿Cuál es, por ejemplo, el significado de “Horacio Potel”? El buscador nos remite en primer lugar a Wikipedia, enciclopedia virtual en permanente actualización por parte de los usuarios. Luego, nos reenvía a una nota cuyo título reza: “Murió el primer pirata”. Más abajo, en tercer lugar, la nota publicada por Mónica Cragolini en el periódico Página/12, “Adios, Horacio Potel”. Luego, una página en donde fue alojado todo el archivo de *Derrida en castellano*:

https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/comentarios/horacio_potel.htm

Este hipervínculo nos remite a su vez a una serie de artículos escritos por Potel, y por supuesto, a toda la obra de Derrida. En este sentido, “el sentido verdadero” de la combinación de palabras “Horacio Potel” implica toda la obra de Derrida y sus hipervínculos tal y como fueron desarrollados por Potel en su página web. Esto es, el sentido verdadero (en términos de Groys) de “Horacio Potel” resulta inseparable de una diseminación del

10. *Ibid.*, p. 168.

11. *Ibid.*, p. 169.

sentido y por lo tanto de la noción misma de “verdad” (como lo ha mostrado Derrida a lo largo de toda su obra).

Que la segunda entrada se titule “Murió el primer pirata” nos hace pensar en un Potel navegante. Sin embargo, hay que mencionar que uno de los epígrafes elegidos por el WebMaster para su “Nietzsche y Derrida en la red” hace referencia a la necesidad derridiana de privarse de “navegar”. Potel cita allí una entrevista a Derrida publicada en *Les Cahiers de Médiologie 4. Pouvoirs du papier* (segundo semestre de 1997): “utilizo el ordenador, por supuesto, pero no el correo electrónico y no «navego» por la Red”. El navegar de Potel como “pirata” refiere, indudablemente, a la faraónica tarea de copiar –al principio, letra a letra, sin scanner– una inmensa cantidad de material bibliográfico para ponerlo a disposición de los usuarios. Esta verdadera aventura que lo acerca más a la figura del copista medieval que a la figura del pirata, le valieron la persecución que debió sufrir por parte del poder de las editoras que lo acusaron alzando la voz y blandiendo las armas (tras el pedido de una orden de allanamiento, la medida fue desestimada y finalmente Potel fue absuelto). Pero, ¿de dónde saca –Google– las respuestas a la consulta o búsqueda? De la nube. Escribe Boris Groys:

Google disuelve todos los discursos al convertirlos en nubes de palabras que funcionan como colecciones de términos más allá de la gramática. Estas nubes de palabras no *dicen* nada, solo contienen o no contienen tal palabra particular. Por lo tanto, Google presupone la liberación de las palabras individuales de sus cadenas gramaticales, de sus ataduras al lenguaje entendido como una jerarquía verbal definida gramaticalmente. Como máquina filosófica, Google está basado en la creencia en una libertad extragramatical y en la igualdad de todas las palabras para moverse libremente en todas las direcciones posibles, desde una nube local o particular a otra. La trayectoria de esta migración es la verdad de una palabra, tal como la muestra Google. Y la suma de todas estas trayectorias es la verdad del lenguaje como totalidad, la verdad de un lenguaje que perdió el poder gramatical sobre las palabras. La gramática es el medio a partir del cual el lenguaje tradicionalmente creó cierta jerarquía entre las palabras. Y esta jerarquía formó e incluso determinó el modo en que funcionaba el cuestionamiento filosófico tradicional acerca del saber y la verdad. Preguntar vía Google presupone, por el contrario, un conjunto extragramatical de nubes de palabras como respuesta, esas nubes en las que se da la búsqueda de una palabra.¹²

La jerarquía entre las palabras es o sería eliminada en las nubes dando lugar a una “liberación”, señala Groys; sin embargo, el “proceso de libera-

12. *Ibid.*, p. 170.

ción” de las palabras comienza –según el autor de *Arte en flujo*– con Platón, que desató a la lengua de su anclaje en la gramática ligada a las narrativas míticas, colocando a las “ideas” en otro espacio independiente y autónomo. Muchos años más tarde, las enciclopedias y diccionarios volvieron a demarcar a las palabras de la gramática. Groys entiende que el proceso de liberación de las palabras es un acontecimiento fundamental que comienza en Platón y alcanza su máxima expresión, en el terreno de la filosofía (no maquina) en Jacques Derrida. Cito:

La filosofía del siglo xx extendió este proceso de liberación. El estructuralismo –desde Saussure y Jakobson en adelante– deslizó la atención desde el uso normativo de las palabras hacia su uso en el marco de los lenguajes vivos y contemporáneos. Este fue un gran paso hacia la liberación de las palabras, pero el concepto de contexto normativo de uso permaneció básicamente intacto. El lenguaje vivo y contemporáneo se volvió el contexto normativo típico. Lo mismo puede decirse de la tradición angloamericana de investigación del «lenguaje ordinario» que está también basada en una ideología de la presencia. El verdadero cambio empezó con el postestructuralismo, especialmente con la deconstrucción derridiana. Aquí, las palabras individuales empezaron a migrar de un contexto a otro, cambiando permanentemente su sentido en ese movimiento. En consecuencia, cualquier intento de establecer un contexto normativo se consideró inútil. Pero esta migración fue entendida por la deconstrucción como una migración potencialmente infinita, de modo que cualquier pregunta por el significado de las palabras quedó declarada como algo sin respuesta¹³

Groys equipara el modo de funcionamiento del motor de búsqueda de Google con la operación propia de una deconstrucción a partir de la idea de una misma concepción del lenguaje como espacio topológico “en el que las palabras individuales siguen sus propias trayectorias, minando cualquier intento de territorializarlas en contextos fijos, privilegiados y normativos”. Pero señala una diferencia: Google presupone una cantidad finita –y por lo tanto calculable y visualizable– de trayectorias mientras que la deconstrucción da lugar a una proliferación infinita de contextos posibles, algo que Google dejaría en el ámbito del “juego infinito de la imaginación” para centrarse en la aparición concreta de los términos en contextos “realmente existentes y disponibles”. Luego de reflexionar sobre el tipo de rastreo que realiza Google de los hábitos de búsqueda del usuario, Groys menciona a Heidegger a propósito de su concepción del lenguaje como “casa del ser”. La liberación de la palabra propia de esa “vuelta completa de la deconstrucción” que es Google convierte a la casa del ser en una nube de palabras, y

13. *Ibid.*, pp. 170-171.

“el hombre queda lingüísticamente sin hogar”. En lugar de ser “un pastor de las palabras, como sugería Heidegger, el hombre se convierte en un curador del lenguaje”, utilizando o creando contextos, lugares o territorios de aparición.

Una consecuencia del proceso que Groys caracteriza como “liberación de las palabras” es el hecho de que es cada vez más irrelevante la diferencia entre afirmación y negación, puesto que lo relevante ha pasado a ser la operación extralingüística de inclusión o exclusión en un contexto independientemente del modo (afirmativo o negativo) en que aparezca. *Curador*—explica Groys— es quien opera con los textos en tanto nubes de palabras. Google, a través de la preselección y priorización de apariciones, lleva a cabo actos de curaduría verbal a través de su motor de búsqueda. El usuario sólo podrá ver lo que Google le muestra. Así, “para el usuario, Google aparece inevitablemente como una subjetividad oculta (y potencialmente peligrosa) que opera en una dimensión de la conspiración mundial”¹⁴. Groys y Potel vuelven a encontrarse en la necesidad de delinear la tarea de una crítica de la razón googleada. La lucha por el acceso universal al libre flujo de información se plantea entonces “desde la perspectiva poética de lo que podría llamarse un Google utópico”. A esta utopía Groys también la identifica con una “poesía difícil”, acercándose al Derrida que escribe sobre “esa escritura de lo otro” y sobre “la traducción como el riesgo y la suerte del poema” en la *Carta a un amigo japonés*.

Hacer filosofía en tiempos de Google implica entonces el vínculo con una “máquina filosófica” que condiciona la tarea misma del filósofo. A la muerte del autor expuesta por Roland Barthes, Google le contesta con la muerte del usuario. A la pregunta barthesiana (¿quién habla?), Google contesta: ¿quién busca? El motor de búsqueda opera independientemente del usuario, como una subjetividad oculta, aunque a partir del flujo de información proporcionado también, al menos en parte, por el usuario. Cuando Barthes en “La muerte del autor” se pregunta por las operaciones de Balzac en *Sarrasine*, lo que intenta descifrar es precisamente el modo de ser de la escritura misma: “la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que va a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe”¹⁵. El autor—escribe Barthes—entra en su propia muerte a partir de la ruptura y la pérdida del origen de la voz en la escritura. El usuario—a su vez— está muerto en el acto mismo de buscar una palabra o combinación de palabras (por el mismo motivo que explica que Balzac estaba muerto en la escritura del *Sarrasine*). Atrapado

14. *Ibid.*, pp. 175-176.

15. R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 65.

en la red, la muerte del usuario es ya siempre un dato más en el flujo de información¹⁶. Potel, sin embargo, prefiere pensar esa muerte en términos derridianos:

El discurso sobre lo virtual cree como lo obvio mismo que este concepto se opone a lo actual, a la realidad efectiva; como la muerte se opondría a la vida, como el simulacro se opondría a la presencia real. Todos sabemos que desde sus comienzos Derrida, por ejemplo en la conferencia sobre Freud de 1966, ha sostenido que la vida es la muerte, porque la vida es huella, porque la vida se protege como repetición, como *différance*, como ceniza, porque no es del orden de la presencia, porque no hay vida presente primero que luego se resguarde en la repetición, en el suplemento, en la huella; sino que es la huella, la *différance*, el retardo, la repetición lo que es originario o dicho de otro modo que es el no-origen lo originario. Del mismo modo los medios técnicos en general, las tele-tecnologías no están ni vivas ni muertas, son fantasmas espectralizantes¹⁷

Esa subjetividad oculta (la Araña) escapa entonces también a la idea de subjetividad oculta, puesto que no se deja arrastrar por la presencia a sí del sujeto. Google, como el usuario, es un fantasma que “aparece” para mostrarse mediante operaciones ocultas. Tanto la figura del autor como la del usuario acaban perdidas en la red, envueltas, enredadas en el infinito de las copias, injertos, y en la proliferación de contextos y la reiteración y yuxtaposición de vínculos e hipervínculos.

Hay ya una escritura que atraviesa los desplazamientos del sentido en los efectos de apropiación y reapropiación de las textualidades. Kenneth Goldsmith es un ejemplo notable de poeta, crítico y usuario con conciencia de la muerte del usuario (y del autor). A propósito de lo que significa ser escritor en la era de la reproductibilidad hipertextual, escribe:

Durante los últimos años he impartido una clase en la Universidad de Pennsylvania con el nombre de *Escritura no-creativa*. En ella, se penaliza a los estudiantes si presentan cualquier muestra de originalidad y creatividad. En cambio, se les premia por plagiar, robar identidades, reciclar ensayos, practicar el patchwriting, samplear, saquear y robar. No es sorprendente que los estudiantes prosperen. De pronto, aquello en lo que se han vuelto expertos a escondidas sale a la luz y se explora en un ambiente seguro, replanteado en términos de

16. Google trabaja actualmente en un programa de Inteligencia Artificial capaz de prevenir la muerte a través del procesamiento de datos de pacientes conectados al Software. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2018-06-18/google-is-training-machines-to-predict-when-a-patient-will-die>.

17. H. Potel, *Op. Cit.*, p. 231.

responsabilidad en vez de insensatez. Copiamos documentos y transcribimos fragmentos de audio. Hacemos cambios pequeños a páginas de Wikipedia (cambiando un por uno o insertando un espacio extra entre palabras). Las clases se llevan a cabo en chats, y semestres enteros transcurren dentro del videojuego SecondLife. Cada semestre, para su entrega final, les encargo que compren un ensayo en línea y lo entreguen como si fuera propio –sin duda el acto más prohibido de todo el mundo académico. Cada estudiante debe entonces pararse frente al grupo y presentarlo como si lo hubiera escrito, defendiéndolo de los ataques de sus compañeros. ¿Qué ensayo eligieron? ¿Es posible defender algo que no escribiste? ¿Algo, incluso, con lo que probablemente no estás de acuerdo? Convéncenos¹⁸

En la literatura argentina es, sin dudas, Pablo Katchadjian el poeta y narrador en el que querríamos detenernos para pensar lo que sería algo así como un *situacionismo de la escritura*, una escritura de la tergiversación¹⁹. No solo en *El Aleph engordado* sino fundamentalmente en *El Martín Fierro ordenado alfabéticamente*²⁰, texto (neo)fundacional de la literatura argentina. En la construcción del “Martín Fierro” de Katchadjian (donde no falta ni sobra un solo verso del “Martín Fierro” de José Hernández) estalla la idea misma de secuencia lineal. El “orden alfabético” desarma el poema para reescribirlo por completo. Cuando Derrida en *De la gramatología* se ocupa del problema de la linealidad, escribe: “En su sintaxis y su léxico, en su espaciamiento, por su puntuación, sus lagunas, sus márgenes, la pertenencia histórica de un texto nunca es una línea recta. Ni causalidad por contagio. Ni simple acumulación de capas. Ni pura yuxtaposición de piezas tomadas en préstamo. Y si un texto se da siempre una cierta representación de sus propias raíces, éstas no viven sino de esa representación, vale decir del hecho de *no tocar nunca el suelo*”²¹. El “Martín Fierro” de Katchadjian permite pensar (como el “Quijote” de Pierre Menard) una deconstrucción de las raíces del texto, más allá de toda “esencia radical” o “función enraizante”.

18. K. Goldsmith, *Escritura no-creativa: gestionando el lenguaje en la era digital*, Buenos Aires, Caja Negra, p. 31.

19. Para pensar el problema del situacionismo en la estética contemporánea, ver: P. Fleisner y G. Lucero, *El situacionismo y sus derivas actuales. Acerca de las relaciones entre arte y política en la estética contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo, 2014. La posibilidad de un situacionismo literario y local (argentino) la abordo en, M. Dorr, *Archipiélago Marx*, –en prensa.

20. P. Katchadjian, *El Martín Fierro ordenado alfabéticamente*, Imprenta Argentina de Poesía, 2007.

21. J. Derrida, *De la gramatología*, trad. O. del Barco y C. Ceretti, México, 2000, p. 133. El subrayado es nuestro.

Lo que Potel puso de manifiesto con sus quijotescos Nietzsche, Heidegger y Derrida en castellano (y que tanto Groys, Goldsmith y Katchadjian no han dejado de corroborar, cada uno a su modo) es el hecho de que un texto es siempre ya una nube. Y como tal, no podría jamás tocar el suelo sin volverse niebla.

